

PUNTO SEGUNDO.—*Necesidad absoluta de la humildad.* Sin ella soy por lo menos un sacerdote inútil. ¿Qué podré hacer para la gloria de Dios, para la salud del prójimo, para mí mismo? Sin ella soy un sacerdote desdichado, en lucha siempre con mi conciencia y con mi fe. Sin ella soy un sacerdote perdido. Todo se cambia en escollo, todo me arrastra á la desdicha eterna.

PUNTO TERCERO.—*Tesoro que encierra la humildad.* ¡Oh alma mía! medita bien estas palabras: Dios protege al humilde y lo libra; ama al humilde y le consuela; se inclina hacia el humilde y le prodiga sus gracias. Después de la humillación lo eleva á la gloria, le revela sus secretos, le invita y atrae con dulzura á sí.

PUNTO CUARTO.—*Justicia y razón de la humildad.* Del mismo modo que en Jesucristo la santa humanidad nada podía sino en virtud de su unión con la Divinidad, así tampoco el hombre, sea quien fuere, nada puede sino por su unión con Jesucristo. ¡A solo Dios, rey de los siglos sea honor y gloria, ahora y siempre!

## MEDITACIÓN XX

*El Verbo encarnado nos enseña á apreciar y amar la pureza virginal*

- I. Amor de Jesucristo á la virginidad.
- II. Motivos que nos obligan á amarla.

### PUNTO I.

*Cuál sea el amor de Jesucristo á la virginidad*

Tres frases de San Buenaventura pueden darnos idea de esto: *Christus virgo, virginis filius, virginum sponsus* (1). Jesucristo virgen, Hijo de una virgen, Esposo de las vírgenes.

1.º *Cristo virgen.*—Cuando el Hijo de Dios se unió

(1) Lib. II, *De profect, relig.*, c. 53.

á nuestra naturaleza, la adornó en su Persona con una pureza á la cual no hay nada comparable.

Su alma bienaventurada al tomar absoluto imperio sobre un cuerpo que debía ser instrumento de tantas operaciones milagrosas, desde el primer instante de su concepción, no le sustrajo de nuestras debilidades ni de los sufrimientos ni de la muerte. Sobre este modelo se forman las almas vírgenes, quitando, por decirlo así, la carne á la carne misma para vivir sólo la vida del espíritu. Pero en tanto que ellas son vírgenes únicamente por la violencia que imponen á sus inclinaciones, la virginal pureza del Salvador le es tan natural como á la azucena la blancura. Ellas son puras sólo en cierto grado; El es absolutamente puro en infinito grado de perfección. Ellas no han podido levantarse por sus propias fuerzas á tan sublime condición; El sólo se ha elevado por sí mismo llevando en sí el principio de su pureza. En El no es un privilegio, sino la consecuencia necesaria de la unión hipostática: es el ornamento de un cuerpo deificado y más puro que todos los espíritus. Así pues, si El ama en sí propio esta virtud, la ama en todos aquellos que se le acercan, y debe ser tanto más perfecta cuanto más cerca se está de El.

2.º *Christus virginis filius.*—San León llama á Jesucristo hijo de la virginidad (1); y San Ambrosio nos dice que ha nacido de un modo enteramente virginal, ya en la eternidad, ya en el tiempo. El seno en el cual fué concebido eternamente es la divinidad de su Padre, y aquel en que fué formado en la plenitud de los tiempos es la virginidad de su Madre (2). María quiere rehusar la maternidad divina si no puede conciliarse con la promesa que tiene de permanecer siempre virgen, y esto es precisamente lo que ha fijado en ella la elección de Dios.

Para mostrar la estima que El hace de esta virtud, decretó eternamente que no bastaría el que su Madre

(1) *Christus virginitatis est filius.* (Serm. 1 in Epiph.)

(2) *Sinus Christi erat in Patre divinitas, in Matre virginitas.* (Serm. 28).

fuese santa, inmaculada en su concepción y en toda su vida sino que además debía ser virgen.... Es esta gloriosa cualidad la que ha de distinguirle: se llamará á la Virgen de generación en generación la Santísima Virgen, la Virgen de las vírgenes. Su virginidad es hasta cierto punto el atractivo que hizo descender al Hijo de Dios á su seno: *Virginitate placuit* (1). Por esto mereció su incomprendible dignidad, en cuanto podía ser merecida: *Tantæ extitit puritatis, ut mater Domini esse mereretur* (2). Por cuanto Ella es virgen en su cuerpo, en su alma, virgen por profesión, el Angel viene á saludarla «llena de gracia» y le anuncia los admirables designios que Dios tiene sobre ella (3).

3.º *Christus virginum sponsus*.— Jesús al traer á la tierra este estado de perfección, desconocido antes del Evangelio, no sólo llegó á ser Rey de las vírgenes sino también su Esposo; y lo muestra muy bien por los favores que les reserva. Las almas vírgenes tienen especial derecho de decir con la Esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi*. Son ellas para Jesucristo más que los otros justos, y Jesucristo es más para ellas. Abandonándolo todo para seguirle, apartándose de cuanto tenían más querido en el mundo para unirse á El solo, han alcanzado por este alejamiento de las criaturas tal género de belleza que arrebató el corazón del Esposo Celestial: «Escuchad ¡oh hija del príncipe! y haceos atenta: olvidad la casa de vuestro padre; renunciad aún á las afeciones permitidas, y el rey estará embelesado de vuestros atractivos.» (4).

¿Quién después de María fué nunca más amado de

(1) San Bernardo.

(2) San Jerónimo, *Epist. ad Eustoch.*

(3) *Misus est angelus ad virginem: virginem carne, virginem mente, virginem professione.* (San Bernardo, Hom. 1. *super Missus est*).

(4) *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam.... obliviscere.... domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.* (Ps. XLIV, 11, 12).

Jesucristo que San José y tuvo mayor parte en sus divinas caricias? Esto es porque era virgen y custodio de la virginidad de María. Entre los apóstoles que fueron honrados todos con la predilección del Salvador, hubo uno que mereció ser llamado y que fué en efecto su Discípulo amado, fué aquel que se hizo más perfecto en la pureza (1). Si San Juan pudo en la última Cena apoyar su cabeza sobre el pecho de Jesús, si le pregunta con entera libertad cuando ni Pedro mismo se atreve á hablar; si le son revelados los secretos del porvenir.... todos estos favores son la recompensa de su virginidad: *Virgo permansit et ideo plus amatur a Domino* (2). Por esto igualmente Jesús, al morir le hizo el legado de su divina Madre. *Matrem virginem virginum commendavit* (3): que era como decir que si la pérdida de un hijo que era Dios hubiese podido ser recompensada, no lo habría sido sino por la adopción de un hijo que era virgen.

El Esposo de las vírgenes distinguió siempre con especialísimos favores á aquellos en quienes esta virtud fué más perfecta. San Bernardo, San Antonio de Padua, San Luis Gonzaga, San Estanislao, vivían vida de ángeles. Y las prerrogativas de esta celestial virtud no se limitan á la vida presente. El Discípulo amado nos enseña que en toda la asamblea de los elegidos solamente aquellos sobre cuya frente brille la aureola de la virginidad habrán de formar el cortejo del Cordero. Le seguirán á dondequiera que vaya y entonarán un cántico que únicamente será dado cantar á las almas vírgenes (4). Habrá para ellos alegrías distintas de las de los otros predestinados: *Gaudia a cæterorum omnium gaudiorum sorte distincta.... gaudia propria virginum Christi* (5). ¡Oh sacerdote! agradece á Dios por haberte llamado á tan santa y dichosa profesión.

(1) *Diligebat eum Jesus, quoniam specialis prerogativa castitatis ampliori dilectione fecerat dignum.* (Offic. S. Joan. apost)

(2) San Jerónimo, l. I, *contra Jovin.*

(3) San Jerónimo.

(4) Apoc., XIV, 3, 4.

(5) San Agustín, *de Virginit.*

## PUNTO II

### Motivos que nos obligan á amar la pureza virginal

Acabamos de meditar aquello que impresiona más á los buenos sacerdotes, la predilección de Jesucristo por esta virtud; pero como ella debe ser perfectísima en nosotros, conviene que reunamos en un solo punto de vista las principales consideraciones que la recomiendan á nuestro amor.

1.º Su excelencia. La virginidad sólo puede ser comprendida por las almas generosas: *Non omnes capiunt verbum istud* (1). Ved porqué no fué revelada en la infancia del mundo. Sólo un Hombre-Dios podía establecerla en la tierra, y la estableció como consejo, no como precepto; era demasiado sublime, dice San Bernardo, para ser mandada: *Non jussa, sed admonita, quia nimis excelsa*.

2.º Su belleza. Es ella, en el orden espiritual y moral, lo que son en el orden material el esmalte de las flores, el verdor de las praderas, el esplendor del oro y el brillo de los diamantes; ó más bien dicho, no hay entre las cosas de la tierra ninguna que pueda serle comparada: *Omnis ponderatio non est digna continentis animæ* (2). *O quam pulchra est casta generatio cum claritate!* (3). La virtud amable, este es el nombre de la pureza: cuando se la posee se la ama y se la llora cuando se ha perdido ¡es tan suave el esplendor de sus coronas! Su triunfo tiene la eternidad por duración: *Et in perpetuum coronata triumphat* (4).

3.º Es sobre la tierra una imagen y preludio de la vida celestial (5). Dichoso estado el del hombre virgen, exclama San Bernardo. Goza anticipada-

(1) Matth., XIX, 11.

(2) Eccli., XXVI, 20.

(3) Sap., IV, 1.

(4) Sap., IV, 2.

(5) *Sola est castitas, quæ in hoc mortali loco et tempore statum quemdam immortalis gloriæ representat.* (S. Bern. Ep. 42).

mente de los privilegios de la resurrección. Vive en el siglo sin participar de su contagio; se iguala á los ángeles en dignidad y nobleza (1). San Ambrosio le dice: No os admiréis si los ángeles combaten por vos, porque vos mismo peleáis bajo el estandarte de los ángeles, luchando bajo el de la virginidad; la castidad hace ángeles. Si los espíritus bienaventurados son las vírgenes del cielo, las almas vírgenes son los ángeles de la tierra. Los primeros viven sin carne, los segundos triunfan en la carne (2).

4.º La pureza virginal hace todavía más que igualarnos á los espíritus celestiales, nos da sobre ellos una especie de preeminencia. ¿Es maravilloso el que ellos sean santos? No son como nosotros compuestos de carne y sangre, no están expuestos á las tormentas de la concupiscencia; no necesitan ni comer, ni beber; son inaccesibles á todas las seducciones que asaltan á nuestros sentidos (3). Es mucho más hermoso el conquistar la gloria de los ángeles á fuerza de victorias, como hacen las almas vírgenes, que el poseerla sin que haya costado nada, como hacen los ángeles. En ser ángel sólo hay dicha, mientras que hay admirable virtud en ser virgen; lo que para el uno es privilegio de naturaleza es para el otro fruto de los más valerosos esfuerzos: *Angelicam gloriam acquirere majus est quam habere. Esse angelum felicitatis est virginem esse virtutis: virginitas enim hoc obtinet viribus, quo angelus habet ex natura* (4).

(1) *Quod futuri sumus, vos jam esse cæpisti. Vos resurrectionis gloriam in hoc sæculum jam tenetis; per sæculum sine sæculi contagione transitis; cum caste perseveratis, angelis Dei estis æquales.* (Ibid.)

(2) *Non mirum si pro vobis militant angeli, qui angelorum moribus militatis. Castitas angelos facit. Angeli sine carne vivunt, virginis in carne triumphant.* (San Ambrosio. *Virginib.*)

(3) *Non libidinum perturbationibus sunt obnoxii; non cibi indigent et potus; non sunt ejusmodi ut eos dulcis sonus, aut cantus mollis, aut præclara species possit allicere; nulla denique hujus generis illecebra capiuntur.* (San Juan Crisóstomo)

(4) San Pedro Crisólogo.

5.º Esta virtud nos coloca muy cerca de Dios: *Incorruptio facit esse proximum Deo* (1). Traza en nosotros la imagen de su incorruptibilidad (2). Para hallar su primer principio y tipo más perfecto es preciso ascender hasta la Santísima Trinidad ¿no adoramos en ella una virginidad infinitamente fecunda y una fecundidad infinitamente virgen? Esto hizo decir á San Gregorio Nacianceno: *Prima Virgo Trias est*.

6.º Nos concilia el respeto y la veneración que tanto contribuyen al éxito de los trabajos apostólicos. Es por la castidad virginal principalmente que el buen olor de nuestra vida embalsama y regocija á la Santa Esposa del Salvador: *Sit odor vitæ vestræ delectamentum Ecclesiæ Christi* (3). Cuando el mundo ha visto al clero católico consagrarse á tan difícil virtud para ser más capaz de endulzar sus penas y de remediar sus males, no ha podido negarle su admiración, y la doctrina de Jesucristo ha entrado en los espíritus á favor de la estima que se hacía de aquellos que la anunciaban.

7.º De allí ese concierto de elogios dados por los santos doctores á la castidad virginal. La llaman «la flor de la religión, la riqueza de la Iglesia, honor de la naturaleza humana, carácter que consagra la más ilustre porción de la gracia de Jesucristo. Con ellos la conciencia está en paz, el espíritu es alumbrado, brilla la serenidad en el semblante, el alma goza de alegría, la muerte llega tranquila, está asegurada la eternidad dichosa..... ¡Oh virginidad! son inmensas tus riquezas, te pertenecía corona inmortal ¿y no eres tú misma brillantísima corona? ¡Oh virginidad, templo de Dios, santuario del Espíritu Santo, perla preciosa conocida de muy pocos y encontrada por muchos menos aún! ¡Oh continencia, vida de los ángeles, diadema de gloria sobre la fren-

(1) Sap., VI, 20.

(2) *Hominem incorruptibili Deo simillimum facit* (S. Basel),

(3) Pontif.

te de los escogidos!.... Dichoso, mil veces dichoso el que te posee; feliz el que, para conservarte, se obliga á los sacrificios que tú pides; puesto que tras de los trabajos que le hayas costado hallará en tí una fuente inagotable de delicias.» Así hablan San Atanasio San Cipriano, San Efrén, San Bernardo y San Lorenzo Justiniano. ¡Vas á subir al altar!.... ¡Ah, si en vez de subir con tu corazón subieses con el de María concebida sin pecado!.... Pero ya que Jesucristo es la pureza de las vírgenes, *Jesu puritas virginum*, y su sangre que dentro de poco vas á recibir contiene el germen fecundo de la pureza virginal (1), ruégale que te purifique por la virtud de esta divina sangre y que haga para siempre inalterable tu castidad.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Amor de Jesucristo á la virginidad.* Esta frase de San Buenaventura nos manifiesta evidentemente el amor que Jesucristo tenía á tan incomparable virtud. «El quiso ser virgen, hijo de virgen y Esposo de almas vírgenes.» Jesucristo virgen. Al unirse á la naturaleza humana la adornó de una pureza incomparable..... Las otras almas vírgenes no llegan á serlo sino haciéndose continua violencia y sujetando sus pasiones: la pureza virginal de nuestro divino Salvador fué más connatural á su deífica persona que la blancura á la azucena. Jesucristo fué Hijo de una Virgen. San León lo llama Hijo de la virginidad: por esta razón Dios la eligió para ser Madre de su Divino Hijo Jesucristo es el Esposo de las almas vírgenes. A éstas les reserva favores especialísimos. Habiéndolo dejado todo para seguirle, las almas vírgenes por ese generoso desprendimiento se apoderan, por decirlo así, de su divino Corazón. San José, San Juan, San Bernardo, San Antonio de Padua, fueron amadísimos de Jesús por tan excelente virtud. La virginidad tiene en el Cieló una aureola particular.

PUNTO SEGUNDO.—*Motivos que nos obligan á amar la pureza virginal.* Su excelencia. Sólo un Hombre-Dios podría es-

(1) *Vinum germinans virgines.* (Zach. XI, 17.)

tablecer en la tierra esta virtud. Su belleza. Lo mismo en el orden espiritual y moral que en el orden material, la pureza es á las almas lo que el esmalte á las flores, la verdura á las plantas el esplendor al oro y el brillo al diamante. Ella es en la tierra una viva imagen de la vida celestial y hace á los hombres semejantes á los ángeles. Más aún: nos concede sobre ellos una especie de preeminencia. Ella nos eleva hasta Dios, imprime en nosotros la imagen de la incorruptibilidad. Muchos Santos Doctores se deshacen en elogios de tan deífica virtud. *Jesu puristas virginum, miserere nobis.*

## MEDITACIÓN XXI

*Castidad sacerdotal. Santidad de los lazos  
que á ella nos unen*

- I. Obligación contraída el día de la ordenación.
- II. Títulos que nos han sido dados.
- III. Deberes que nos impone.

### PUNTO I

Voto solemne hecho en el día de vuestra ordenación

Acordaos del momento en que prometiste al Señor vivir perpetuamente la vida de las vírgenes. ¡Cuánta conmoción no experimentó vuestro espíritu en esta imponente y conmovedora ceremonia! Os aproximasteis al altar no ya vestido simplemente con el hábito clerical como en las anteriores ordenaciones sino revestido con el alba, símbolo de la inocencia, de la misma vestidura que tenían los ángeles que aparecieron en el sepulcro de Jesús resucitado: *In albis angeli*. Habéis estado delante del trono del Cordero: *Stantes ante thronum in conspectu Agni*. Los ornamentos sagrados que ostentábais en vuestro brazo eran como otras tantas palmas, emblemas de las

victorias que habíais ya conseguido sobre el mundo y sobre vos mismo. *Et palmæ in manibus eorum*. No fué una simple alocución paternal la que os dirigió el pontífice consagrante, fué una condición formal la que os impuso: «Sois todavía libres, os dijo: *Hactenus liberi estis*, un paso más y quedaréis sujetos, sin que os sea posible la vuelta al mundo, en estado de continencia absoluta. Pensadlo pues, seriamente, *cogitate*; y si estáis decididos á permanecer firmes en vuestra santa determinación, en nombre del Señor, acercaos. *¡Si in sancto proposito perseverare placet, in nomine Domini, huc accedite!* La condición fué aceptada, se dió el paso, habéis ya franqueado el umbral del santuario, el eterno *si* salió de vuestros labios.... Al momento caen todos los elegidos sobre el pavimento como víctimas que han recibido el golpe mortal. Murieron, en efecto, á los deseos de la carne; no son ya del mundo de los sentidos; si aun viven, es una vida oculta con Jesucristo en Dios (1).

¿Puede por ventura haber promesa más solemne? La habéis hecho después de madura reflexión en la casa de Dios, delante de su altar.... La habéis rectificado por el contacto de los vasos sagrados y del libro de los santos Evangelios; le habéis puesto el sello de la sangre de Jesucristo, por la Santa Comunión.... ¿Qué os resta sino cumplir con todas las cláusulas de este celestial contrato? *Vota mea Domino reddam* (2).

### PUNTO II

Títulos que hemos recibido

Como clérigos somos patrimonio del Señor el cual quiere á su vez serlo nuestro. *Christi estis, nempe de sorte Domini; ut ipse Dominus sors, pars, scilicet, vestra*(3). Y ¿cómo podremos ser patrimonio de Jesucristo si nuestro corazón se halla dividido? Como

(1) Coloss., III, 3.

(2) Ps. CXV, 14.

(3) Concil. Mdiol. IV.

sacerdotes, somos los ángeles del Señor de los ejércitos. *Angelus Domini exercitum est* (1). Dios quiere tener ángeles en el gobierno de su Iglesia que es su reino terrestre lo mismo que los tiene en su Reino celestial: luego la angélica virtud nos es indispensable: *Neque nubent, neque nubentur, sed erunt sicut angeli*. Cada uno de nosotros es, dice San Bernardo, el padre y la madre de Jesucristo. *Pater Christi generando, mater Christi pariendo*; todos los días lo llamamos de nuevo á la vida: ahora bien, sabemos la pureza virginal que ha habido en el doble nacimiento del Salvador, temporal y eterno; por consiguiente, nos será menester una castidad semejante á la de María y, si posible fuera, á la de Dios mismo.

Somos sus vicarios, sus embajadores, sus representantes.... y ¿cómo podríamos sostener el honor de estos hermosos títulos, y en especial del último, si nuestra virtud bajo este concepto, no despide aquel resplandor que por sí nos atrae la veneración de los pueblos? *Tales decet Dominum habere ministros, qui.... continentia castitatis splendeant* (2). Sin una pureza de costumbres que sea reconocida por todos ¿cómo representaríamos á Aquel que pudo decir á sus enemigos más encarnizados: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* No obstante el odio implacable que le tenían, jamás osaron manifestar la más ligera sospecha sobre la nitidez de su pureza. Si ven que deja se le acerquen personas de mala vida lo atribuyen á que no las conoce, y por consiguiente que no es Dios: prefieren poner en duda su divinidad, pero no su pureza. ¡Sacerdotes! ¿podrías acaso ser imágenes suyas, es decir, que vuestra castidad fuera reconocida por todos?

(1) Malach., II, 7.

(2) San Agustín, Serm. 249 de Tem.

### PUNTO III

#### Los deberes que nos impone

Estos exigen también de nosotros eminente pureza. El ministerio más divino es el que ejercemos en el altar. La Iglesia envía allí al sacerdote: *Ut offerat dona et sacrificia pro peccatis* (1). Pero ¿cuáles son estos dones, cuál es el sacrificio que estamos encargados de ofrecer? ¿Cuál es la víctima que presentamos á Dios? *Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam*. Los antiguos sacerdotes inmolaban toros y terneras; ponían sobre el ara del Señor panes materiales, y, para estar en condiciones de cumplir este ministerio, les estaba prohibido todo comercio carnal, mientras duraran sus servicios en el templo. ¿Cuál no deberá pues, ser la pureza del que tiene en sus manos y ofrece á Dios, una víctima tan santa como Dios mismo, víctima que es el mismo Dios? *Ilius solius est offerre sacrificium, qui indesinenti et perpetuæ se devoverit castitati* (2). *Si Redemptor noster tantopere dilexit floridi pudoris integritatem, ut non modo de virginali utero nasceretur, sed etiam a nutritio virgine tractaretur et hoc cum adhuc parvulus vagiret in cunis, a quibus nunc, obsecro, tractari vult corpus suum, cum jam immensus regnat in cælis?* (3).

Además del sacrificio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, ofrecemos á Dios el de nuestros labios; nuestras plegarias deben subir hasta su trono como incienso de buen olor, para reconciliarlo con los hombres pecadores, pues este es el fin de estos dos sacrificios. Ahora bien, el segundo exige de nosotros casi tanta pureza como el primero; porque si San Pablo obliga muchas veces á los cristianos á abstenerse de lo que les es permitido para que puedan

(1) Hebr., V, 1.

(2) Orígenes. Him, 23, in lib. Num.

(3) San Pedro Damían, Opus, 19. De cælib. sacerd.

más libremente dedicarse á la oración (1), nos da á conocer también suficientemente el poder que la castidad comunica á la plegaria y cómo la deben guardar con la mayor escrupulosidad aquellos que, por razón de estar encargados de las oraciones públicas, lo están también en calidad de medianeros, de librarnos de todo mal y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones: *Qui in carne sunt, Deo placere non possunt* (2).

La predicación de la divina palabra y la administración de los Sacramentos, nos imponen la misma obligación. El gran Apóstol decía á los Corintios: *Per Evangelium ego vos genui* (3); y á Filemón: *Obsecro te pro meo filio quem genui in vinculis, Onesimo*. Hemos sido constituidos ministros de aquella misteriosa generación que da á Dios los hijos de la nueva alianza, y Bossuet, comparando esta divina fecundidad del sacerdote con la de María, establece que la una y la otra exigen una pureza verdaderamente angélica (4). Añadiremos que la carne habla malamente el lenguaje del espíritu, y que el espíritu de Dios no acostumbra escoger un hombre carnal para que sea su intérprete y su órgano. Y en cuanto á los sacramentos que administramos, el tratar cosas tan puras con manos que no lo son, es profanar lo que tiene de más sagrado nuestra religión. *Tradunt aliis quod contaminaverunt* (5). ¿Y qué diremos en particular del santo Tribunal? ¿Puede uno sentarse en él con fruto para los demás y sin menoscabo de sí mismo, si no se halla defendido por una castidad á toda prueba?

Mis promesas, mis títulos, mis obligaciones; lo que he prometido, lo que soy, lo que hago: todo me fuerza á rivalizar en pureza con los ángeles. ¿He obrado ¡oh Dios mío! así hasta ahora? Si mi cuerpo se ha

(1) *Ut vacetis orationi*. (I Cor., VII. 5.)

(2) Rom., VIII, 8.

(3) I Cor., IV, 15.

(4) Serm. en la fiesta de la Visitación.

(5) Tret., l. *De dol.*, c. 7.

conservando casto ¿lo han sido siempre mi espíritu y mi corazón con aquella perfección que Vos esperabais de mí?

Preparaos á la Misa pidiendo á la Santísima Virgen que os obtenga el perdón de todo aquello que haya podido empañar el brillo de esta flor la más bella sin duda, pero también la más delicada entre todas las que forman vuestra corona sacerdotal. Renovad vuestro sagrado voto en presencia de la augusta Virgen, suplicándole os obtenga la gracia de ser siempre fieles á él.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

Santidad de los lazos que nos ligan á la castidad sacerdotal.

PUNTO PRIMERO.—*El voto solemne de nuestra ordenación*. ¿Qué conmovida se sintió nuestra alma en la impotente y majestuosa ceremonia de nuestra consagración á la pureza virginal! La condición fué puesta, fué aceptada; el eterno sí pronunciado. ¿Hubo jamás promesa más sagrada, ni hecha con más reflexión? También se selló con la sangre de Jesucristo en la santa Comunión: *Voia mea Domino reddam*.

PUNTO SEGUNDO.—*Títulos que nos fueron otorgados*. Como sacerdotes somos los ángeles del Señor de los ejércitos. Dios quiere ángeles para el gobierno de su Iglesia lo mismo que los quiere para el reino de los Cielos. Somos embajadores y representantes de Jesucristo; y ¿podríamos ser imágenes suyas si nuestra castidad no estuviera al abrigo de toda sospecha? *Quis ex vobis arguet me de peccato?*

PUNTO TERCERO.—*Deberes que debemos llenar*. ¿Cuál es el ministerio que ejercemos en el altar? ¿Qué víctima ofrecemos? *Illius solius est offerre sacrificium, qui indesinenti et perpetuae se devoverit castitati*. El canto de las alabanzas y las preces públicas exigen en nosotros casi igual pureza. Bossuet, comparando la fecundidad divina del sacerdote que engendra para Dios hijos espirituales, con la de María, demuestra que una y otra piden una pureza en un todo angélica. Y ¿qué diremos de los Sacramentos que administramos y en especial del de la Penitencia?